

MARTHA ROSLER

CLASE CULTURAL

Arte y gentrificación

Traducción / Gerardo Jorge

CAJA 03
NEGRA
FUTUROS
PRÓXIMOS

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Queda prohibida la reproducción total o parcial de
esta obra sin la autorización por escrito del editor.
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Rosler, Martha
Clase cultural: arte y gentrificación - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Caja Negra, 2017, 256 p.; 20 x 13 cm
(Futuros próximos 14)

Traducción de Gerardo Jorge
ISBN 978-987-1622-59-7

1. Arte Contemporáneo. 2. Urbanismo. 3. Estudios
Culturales. I. Jorge, Gerardo, trad. II. Título.
CDD 306.47

Título original: *Cultural class* (Sternberg Press)

© Martha Rosler, 2013
© Caja Negra Editora, 2017


Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina
info@cajanegraeditora.com.ar
www.cajanegraeditora.com.ar


Dirección Editorial:
Diego Esteras / Ezequiel Fanego
Producción: Malena Rey
Diseño de Colección: Consuelo Parga
Maquetación: Julián Fernández Mouján
Revisión: Margarita Martínez
Corrección: Mariana Lerner

ÍNDICE

- 9 Prólogo
Por Martha Rosler
- 19 Introducción: sobre el modo artístico
de producción
Por Stephen Squibb
- 33 ¿Tomar el dinero y correr?
¿Puede “sobrevivir” el arte político
y de crítica social?
- 75 Clase Cultural
- 77 Parte 1: Arte y urbanismo
- 107 Parte 2: La creatividad y sus descontentos
- 139 Parte 3: Al servicio de la(s) experiencia(s)
- 193 El modo artístico de la revolución:
de la gentrificación a la ocupación
- 227 El arte contemporáneo en el centro
y la periferia
- 255 Créditos de las imágenes



EL MODO ARTÍSTICO
DE LA REVOLUCIÓN: DE LA
GENTRIFICACIÓN A LA OCUPACIÓN



Aunque resulta importante en términos críticos, la discusión sobre las luchas, los éxodos y las reapropiaciones del trabajo cognitivo –en especial en el campo de las artes visuales, y en especial cuando se lo toma como la vanguardia de la “clase creativa”– se ve superada por las ocupaciones y las manifestaciones públicas que tuvieron lugar el año pasado, este y quizás también el próximo en distintas partes del mundo. Me gustaría revisar la tesis sobre la clase creativa que exploré en la serie de ensayos reunidos bajo el título “Clase cultural” con el fin de enmarcar mis comentarios a la luz de estas ocupaciones y hacer algunas observaciones acerca de la relación entre los artistas, el posicionamiento de la clase creativa y el movimiento Occupy.

Fue incluso antes de que “la multitud” se convirtiera en una piedra de toque común para los sueños revolucionarios cuando tuvo lugar el famoso evento Seattle 1999, un momento en el que las protestas anticorporativas unieron a activistas comunitarios y a ambientalistas con las fuerzas de trabajo organizadas para impedir un encuentro

de la World Trade Organization, un escenario que desde entonces se repitió cada año en diversas locaciones.¹ No es novedad que los procesos que se despliegan bajo el nombre de globalización, y que se centran en los flujos de bienes, de capital y de fuerzas de trabajo, crean una unidad que no siempre sirve a los intereses del capital o de los capitalistas.

Nouriel Roubini, en sintonía con Marx, escribió en "The Instability of Inequality" ["La inestabilidad de la inequidad"] que "el capitalismo desregulado puede llevar a episodios regulares de sobrecapacidad e infraconsumo, y a la recurrencia de crisis financieras destructivas, alimentadas por burbujas de crédito y auges y ocasos de los precios de los activos".²

Lo que Roubini está diciendo no es nada nuevo: que el capitalismo tiende a los colapsos catastróficos. Pero el punto es que el neoliberalismo y su rampante financiarización han creado un capitalismo que devora a sus jóvenes. Roubini continúa recordándole a sus lectores que, incluso antes de la Gran Depresión, la burguesía ilustrada se daba cuenta de que eran necesarias protecciones para los trabajadores y un sistema redistributivo que proveyera "bienes públicos: educación, servicios de salud y una red de seguridad social" para evitar la revolución.³

Roubini subraya además que el Estado de bienestar moderno nació de una necesidad de estabilización macroeconómica, en la posdepresión, que requería "el sostén de una vasta clase media, ampliando la provisión de bienes públicos a través de impuestos progresivos y fomentando las oportunidades económicas para todos"; pero que todo esto se derrumbó durante la masiva desregulación de la época de Reagan y Thatcher, cuyo origen Roubini (que, después de todo, no es marxista) rastrea en parte en "los defectos del modelo de bienestar social europeo [...] que se reflejan en gruesos déficits fiscales, excesos de regulación y falta de dinamismo económico".⁴

A diferencia de muchos, Roubini da un paso más y proclama el fracaso de este “modelo económico angloamericano” que abraza políticas económicas que incrementan la desigualdad, crean una grieta entre ingresos y aspiraciones, y están acompañadas por una liberalización del crédito para el consumo que hace crecer las deudas de los consumidores tanto como la deuda pública –a causa de la caída de la recaudación fiscal–, todo lo cual es seguido, entonces, por medidas de austeridad contraproducentes. Precisamente este es el modelo financiero que se apoderó de la imaginación y que dirigió las políticas de las antiguas élites gobernantes del bloque del Este, muchas de las cuales, al implementar las medidas de austeridad recetadas, destruyen a sus clases medias presentes y futuras (véase el caso de Letonia),⁵ tanto como lo está haciendo la Gran Bretaña neothatcherista.⁶

En los Estados Unidos, el Citibank, que necesitó de dos rescates por parte del gobierno después de la crisis financiera de 2008, obtuvo ganancias trimestrales récord de 3,8 billones de dólares en el otoño de 2011, un 74% más que en el trimestre anterior; mientras que su CEO, Vikram Pandit, expresaba su simpatía hacia los manifestantes de Occupy Wall Street y se ofrecía a reunirse con ellos.⁷

Las ocupaciones en curso en todo el mundo, que se inspiraron en los levantamientos de 2011 en el mundo árabe, están motivadas por la frustración de los jóvenes de clase media educados –que en el caso árabe son bastante nuevos– que se enfrentan a sociedades controladas por élites dirigentes enormemente ricas pero que les ofrecen a esos mismos jóvenes, a pesar de su educación universitaria, muy pocas esperanzas de un futuro certero. Se trata de sociedades que no hicieron ningún esfuerzo por crear Estados de bienestar o siquiera Estados neoliberales modernos, tampoco por controlar la corrupción, la indiferencia burocrática y el nepotismo flagrante, ni por instituir mucho más que la apariencia de un gobierno democrático.

Los manifestantes en el mundo desarrollado están tomando conciencia de que comparten condiciones que, funcionalmente, son bastante similares.⁸

Estas protestas –como las de Francia en 2006, que implicaron una movilización extendida contra la “precarización” (o, de modo alternativo, “precaritización”) tanto como los posteriores levantamientos en los suburbios de París o en Inglaterra en agosto de 2011– reflejan también la indignación de los jóvenes de la clase trabajadora, en especial su furia contra la violencia racista de la policía. En el caso inglés, esos jóvenes estaban ahí cometiendo saqueos y destrozos junto con algunos pares suyos de clase media. De este último grupo, algunos se habían movilitado unos meses antes –como los jóvenes chilenos lo están haciendo todavía– en parte no menor por los abrumadores aumentos en los aranceles universitarios impulsados por la coalición de conservadores y liberales demócratas en el gobierno. Las protestas de estos grupos, de estas clases, se vieron fogueadas por el reconocimiento de que es muy probable que no haya trabajo seguro para ellos, o quizás incluso de que no haya trabajo en absoluto.

Pero la precarización no es una consecuencia necesaria de ninguna forma particular de trabajo. La precarización se une ahora a la mecanización (el reemplazo de trabajadores con máquinas), la deslocalización (la búsqueda en todo el mundo, por parte del capital, de las zonas con menos regulaciones laborales y medioambientales) y la financialización (el mantenimiento de un valor excesivo en los mercados bursátiles opuesto a la plusvalía extraída de la manufactura) como una de las grandes estrategias usadas para recuperar rentabilidad desde fines de los sesenta. Estas estrategias son suplementarias de los más ampliamente observados ataques al Estado de bienestar y a los derechos de los trabajadores.⁹ Por su parte, muchos de los estudiantes y de los jóvenes con títulos de posgrado que protestan son personas que se estaban preparando

para trabajos en lo que hemos llegado a llamar las industrias del conocimiento o, más recientemente, industrias creativas, una rama de las anteriores.

1. LA UNIVERSIDAD COMO MÁQUINA, MODOS DE VIDA COMO ESTILOS DE VIDA

Permítanme retroceder un poco hasta el momento de consolidación de este sector en los albores de la era de la información, a comienzos de los años sesenta. Clark Kerr, economista del trabajo, primer rector del campus de élite de la Universidad de California en Berkeley, y más tarde presidente del sistema general de la Universidad, la vio como el lugar de producción de los trabajadores del conocimiento. En 1960 supervisó la creación de un plan maestro expansivo de crecimiento que llegara hasta el siglo XXI y que armonizara las instituciones de educación superior del Estado organizándolas en tres niveles: universidades de investigación, *colleges* estatales y "*colleges junior*" (luego renombrados como "*colleges comunitarios*") con planes de dos años. Este plan "de referencia" reconocía la necesidad de unificar la preparación y la administración de todo el sector del conocimiento, desde las élites hasta las clases trabajadoras, en un mundo políticamente dividido. Kerr llamaba a la Universidad "un instrumento primordial para los objetivos nacionales" e imaginó que la "industria del conocimiento" (términos suyos) finalmente reemplazaría a las industrias nucleadas alrededor de los nuevos modos de transporte –vías férreas en el siglo XIX y automóviles en el XX– en su función de unificar la nación, actuando como su bandera económica, y sirviendo como el motor para la dominación del mundo por parte de los Estados Unidos.¹⁰

El movimiento fundacional de protesta estudiantil de los sesenta, el Movimiento por la Libertad de Expresión

de Berkeley [Berkeley's Free Speech Movement], se desencadenó en parte como respuesta a las medidas y a los objetivos educacionales y administrativos de Kerr. Fue un movimiento de un sector importante de la clase media compuesto por personas que estaban destinadas a convertirse en los trabajadores de élite de las nuevas industrias del conocimiento, si no en sus líderes. Irónicamente, hoy en día el sistema de la Universidad de California está casi quebrado, confirmando lo que propone el diccionario de Apple respecto de los campus del *college*, en tanto define el término "pionero" utilizando a esos campus como ejemplos de "pioneros del cambio".¹¹



Carpas simbólicas hechas con libros en las escalinatas del Sprout Hall de la Universidad de California Berkeley, después de que la acampada estudiantil fuera despejada. Foto de Arturo de la Rosa, 2011.

En contraste con lo mencionado, la subcultura británica del punk de los años setenta posiblemente haya sido una respuesta de la clase trabajadora a un futuro disminuido, a pesar de que sus orígenes, en parte, pueden rastrearse hasta las escuelas de arte, las cuales, en cualquier caso, eran

un flamante receptáculo experimental para los inadaptados de la de clase trabajadora. Dick Hebdige lo describió:

A pesar de las promesas tranquilizadoras tanto de los políticos laboristas como conservadores [...] acerca de que “nunca lo tuvimos tan fácil”, la clase se niega a desaparecer. Las formas en las que la clase era *vivida*, sin embargo, las formas en las que la experiencia de clase encontró una expresión en la cultura, todo eso cambió dramáticamente. El advenimiento de los medios masivos de comunicación, los cambios en la constitución de la familia, en la organización del trabajo y la escolaridad, los desplazamientos en el estatuto relativo del trabajo y del esparcimiento, todo sirvió para fragmentar y polarizar la comunidad de la clase trabajadora, produciendo una serie de discursos marginales dentro de los amplios confines de la experiencia de clase.¹²

El punk era antimercantil y anticorporativo, y seguía una táctica de afeamiento y automutilación, un “*Fuck you!*” como respuesta a la cultura burguesa; el hecho de que fuera rápidamente convertido en un producto mercantil y promovido fuertemente dentro de la industria musical no era el punto... hasta que, como mínimo, se volvió el punto. Para las generaciones posteriores a la década del setenta, las políticas respecto del estilo de vida se volvieron casi indistinguibles de las políticas en sí o incluso de la vida cotidiana, y ese marco de referencia ahora se ha expandido en todo el mundo.

Por cierto, el estilo de vida se ha desarrollado intensivamente como un punto fundamental del marketing de los bienes de consumo. En una perla original del análisis del marketing del estilo de vida en 1984 (cuando esta idea era nueva), Theodore Levitt, profesor de Marketing y Administración de Negocios en Harvard, explicó el fracaso de la corporación Hoover en su intento de vender lavarropas en Europa planteando: “Se le preguntó a la gente qué características quería que tuviera la máquina en lugar de

preguntarle qué quería de la vida".¹³ A Levitt, editor de *Harvard Business Review*, se le reconoce la popularización del término "globalización". En *The Marketing Imagination* [La imaginación del marketing], su bestseller de 1983, Levitt señaló que, como resultado de la expansión de los medios de comunicación alrededor del mundo, los Estados Unidos se encontraban en una posición única para vender sus productos donde fuese, colocando a sus mercancías *high-touch* –jeans y Coca Cola– junto con sus productos *high-tech* (e, integralmente, y junto con ambos, el americanismo y el idioma inglés) entre las posesiones más deseables del mundo.

Una fuerza poderosa dirige al mundo hacia una homogeneidad convergente, y esa fuerza es la tecnología. [...] Prácticamente todo el mundo, en todas partes, quiere las cosas de las que ha oído hablar, o las que ha visto o experimentado a través de las nuevas tecnologías.¹⁴

En pocas palabras, sin nombrarla pero colocándola bajo el régimen de la "imaginación", Levitt define la nueva clave de la dominancia del marketing como una subordinación de la demanda de los productos racionales al modelo psicológico bernaysiano universalizado, que es la base del marketing del estilo de vida. Levitt habla de la homogeneización a la vez como medio y como resultado de la globalización.¹⁵ Y diferencia a las multinacionales de las corporaciones globales con mayor visión de futuro, de las que dice:

venden productos estandarizados de la misma manera en todas partes –coches, acero, químicos, petróleo, cemento, productos y maquinaria agrícolas, construcciones industriales y comerciales, servicios bancarios y de seguros, computadoras, semiconductores, transporte, instrumentos electrónicos, productos farmacéuticos y telecomunicaciones, para mencionar algunos de los más obvios.¹⁶

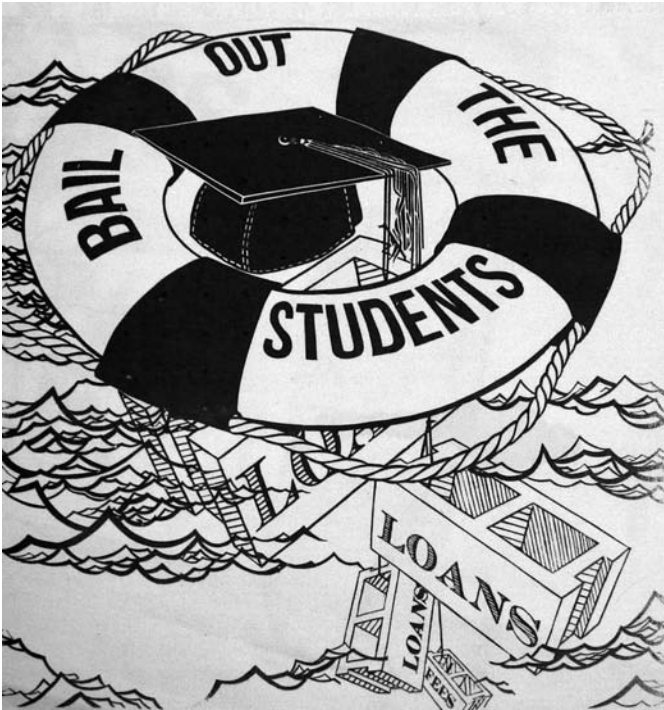
Treinta años después, hemos tomado muchas de estas categorías, del conjunto más bien caótico de Levitt, y las hemos organizado bajo la etiqueta de las industrias del conocimiento, incluyendo el *management* de la producción industrial fordista (de “coches, acero, químicos, petróleo, cemento, productos y maquinaria agrícolas [...] computadoras, semiconductores [...] instrumentos electrónicos, productos farmacéuticos”). Treinta años después, la *política* del estilo de vida, un unificador tanto como un diferenciador, ayuda a determinar cómo vivimos o cómo se supone que vivamos. La gente hace alianzas basadas en el gusto, sobre todo a través de un tribalismo de la apariencia-como-identidad. Los agrupamientos de los estilos de vida mercantilizados no solo incluyen a las posesiones sino también a las personas, a los logros y a los niños, y tienden a ser costosos de adquirir y de mantener. En la actualidad, el punk es una opción más dentro de los estilos de vida, aunque sea uno urbano y romántico. Junto con el gótico y con otras formas de vida asociadas al East Village de Nueva York, el punk también aporta el uniforme preferido para los insatisfechos que pueblan los centros comerciales suburbanos y las ciudades pequeñas; mientras, el estilo hip hop del Bronx, popular en el mundo entero, hace lo propio para la gente de la clase trabajadora de color. En esta taxonomía, el hipsterismo es el estilo de vida de la gente con un perfil artístico –el triunfo de la superficie sobre la sustancia– y es una consecuencia directa de la fácil disponibilidad de los bienes culturales a través de los medios tecnológicos.

Sin embargo, hay tiempos en los que la profesionalización del entrenamiento artístico en *colleges* y en universidades, combinada con la captura de iniciativas llevadas adelante o dirigidas por artistas –aquellas que solían estar fuera del alcance de las instituciones artísticas– y su conversión en marcas, puede, de hecho, ampliar la red social y el vocabulario de acción. Es un lugar común decir que en

una economía posindustrial todo trabajo cae, virtualmente en algún sentido, en el reino del lenguaje y del funcionamiento simbólico. Por cierto, todos los productos culturales están aplanados como “información” en un popurrí que mezcla la escritura, la investigación, el entretenimiento y, por supuesto, el arte. La recepción popular del arte y su público extraordinariamente expandido han hecho posible, hoy en día, una visibilidad mutua entre los artistas y otros grupos de subempleados, tanto los educados como los carentes de formación. O quizás lo que sucedió fue que, de forma más directa, buscando una serie de textos maestros que sostuvieran su reciente profesionalización, el discurso de la producción artística se apoyó en las teorías continentales del capital estetizado. ¿De qué otra forma explicar la peculiar posición de los artistas acerca de (o cerca de) la vanguardia de la organización capitalista? De este modo, incluso si la tendencia puede ser hacia la profesionalización y el aburguesamiento de los artistas junto con otros miembros del sector de lo simbólico, cuando el futuro impacta contra una pared de ladrillos, esas ideas y alianzas pueden *in potentia* tener consecuencias revolucionarias. Los artistas y los grupos gestionados por artistas, y otras personas que forman parte de la demografía de la clase creativa –que a menudo se solapa con el grupo de quienes se identifican como activistas de base, hayan asistido o no a escuelas de arte– han estado en el centro de la estrategia, el impulso y la institución del movimiento Occupy Wall Street en el Parque Zuccotti de Nueva York (renombrado como Parque de la Libertad).¹⁷

Es más probable que una forma de vivir que depende de la virtud y de una buena vida secular, tal como le fue vendida a una generación educada en la escuela y en las campañas mediáticas que promueven la responsabilidad cívica y la moralidad –“Decile No a las Drogas”,¹⁸ “Fumar Mata” y “Salvemos al Planeta”–, sea adoptada por los graduados urbanos de las escuelas de arte que por cualquier otro

grupo demográfico. Quizás se trate de jóvenes profesionales urbanos, pero no de los “yuppies” del pasado (aunque me interesa observar que este término ha resurgido). Estos últimos eran abogados de altos ingresos, cabezas de agencias de publicidad y editores de revistas, mientras que los nuevos jóvenes profesionales urbanos son trabajadores de bajo nivel y aspirantes en su propio campo. La vida en la ciudad atrae a los miembros de estas industrias, a su vez formadas por una red de pequeños comercios que se benefician de las relaciones cara a cara y de las excitaciones del entorno urbano.



Póster en protesta contra la excesiva deuda estudiantil, por Chelsea Peil, Roger Peet y Katherine Ball para la Cooperativa por las Necesidades de los Artistas.

2. LA NUEVA CIUDAD CREATIVA

Se puede buscar el origen de esta ola de predilección renovada por la ciudad en el boom económico de posguerra de las democracias industriales occidentales –estoy pensando en los Estados Unidos– que produjo una creciente prosperidad de la clase media. Inmediatamente después de la guerra, muchos residentes de la ciudad, una vez obtenido cierto nivel de seguridad financiera, migraron hacia pequeños pueblos y suburbios recién construidos, provocando una contracción de lo urbano.¹⁹ Un efecto de esta despoblación fue la evacuación de muchos centros de negocios y de convenciones de las ciudades, y el cierre de muchas industrias urbanas. Pero la dirección de la migración empezó a revertirse cuando los chicos aburridos de las clases medias suburbanas (junto con los gerentes corporativos y los recientemente definidos yuppies) fueron atraídos por los placeres organizados de la vida en la ciudad, entre los cuales los museos y los teatros no eran los menos importantes. También los convocaba la mezcla vertiginosa de anonimato, comunidad, diversidad y posibilidad que puebla el imaginario urbano.²⁰ Para señalar lo obvio, la experiencia homogénea y atrofiante de la vida en los suburbios, con sus centros comerciales y sus locales de comida rápida idénticos, no ofrece mucho a la aspiración creativa para la formación de la identidad; si lo local existe todavía, se lo puede encontrar tanto en la ciudad como en las pequeñas poblaciones rurales, pero no en los suburbios alambrados.

Esta repoblación y transformación de las ciudades –que pasaron de ser lugares necesitados de recursos, despojados de negocios y fábricas, habitados por pobres y gente de clase trabajadora o *squatters* ilegales que vivían en inmuebles en mal estado, a ser espacios deseados por la clase media con zonas de entretenimiento y áreas comerciales de alta gama– llevó al menos una generación. También requirió del

esfuerzo mancomunado de los líderes de las ciudades. El SoHo y el East Village de Nueva York habían demostrado, hacia fines de los setenta, que la transformación de los distritos de viejos depósitos y edificios de departamentos en ruinas en bienes raíces valiosos se podía lograr permitiendo que los artistas vivieran y trabajaran en ellos. Aun si no hacía nada más, el gobierno de la ciudad había reconocido o se había identificado con esa gente, y había entendido sus necesidades. Esos funcionarios electos que, en una época anterior, podrían haber apoyado la fuerza de trabajo organizada notaron que dicho electorado se estaba desvaneciendo. Los artistas, además, no iban a organizarse y complicar la vida de los gobiernos municipales. En las décadas siguientes, el modelo del SoHo se volvió paradigmático para muchas ciudades alrededor del mundo (otra táctica popular fue atraer pequeños comercios de nuevos productos industriales, sobre todo de alta tecnología). Pero sin importar cuánto se hubiera contemplado a las artes (sean las artes performativas o las artes visuales institucionalizadas en los museos) como un motor económico para algunas ciudades, este remedio no resultó aplicable en cualquier parte, y no toda ciudad ha probado ser un imán en este sentido. Era necesaria una nueva teoría urbana.

La utilidad cívica de la gente joven educada, pero a menudo económicamente marginal, fue popularizada en primer lugar por un joven profesor de Planeamiento Urbano de la Universidad Carnegie-Mellon en la ciudad posindustrial de Pittsburgh. Lo que el profesor Richard Florida vio a su alrededor en esa ciudad en decadencia fueron barrios que se habían vuelto atractivos y acogedores gracias a los esfuerzos de los graduados recientes, quienes estaban instalando cafés y otros negocios pequeños en locaciones de alquileres bajos. El ambiente amigable para los clientes –amigable para los clientes de clase media– enfatizaba los gustos compartidos transmitidos desde mediados de los sesenta a través de las escuelas, la música,

las películas y las revistas; gustos que definen un nicho particular dentro de la clase media educada y profesional. Elementos de lo que irónicamente podría ser visto como una virtud suburbana –desde el reciclaje a la jardinería y desde allí a las artes y oficios (probablemente apropiaciones que revistas nostálgicas dedicadas al estilo de vida hacían de la sabiduría popular de ciertas pequeñas poblaciones de ensueño)– estaban siendo ahora recuperados para los barrios de ciudades en decadencia.

El profesor Florida desarrolló una nueva teoría basada en vender a los planificadores urbanos esa diversidad de gente joven, generalmente subempleada –así como otras subcategorías culturales como los gays, que también tendían a congregarse en los que solían llamarse “barrios bohemios”–, como un remedio infalible contra la obsolescencia de sus ciudades (o vendérsela *en apariencia*, porque aquí opera una táctica de “gato por liebre”). Su libro *La clase creativa. La transformación de la cultura del trabajo y el ocio en el siglo XXI* ofreció un giro nuevo y astuto en la evangelización de los negocios al crear una nueva y pegadiza forma de pensar el marketing de las ciudades como marketing de los estilos de vida –muy a la manera en que Theodore Levitt lo había hecho para pensar el marketing empresarial–, ayudando así a los administradores, a menudo desesperados, de las ciudades.²¹ Con su análisis aparentemente sistemático, Florida se valió de la popularidad de su libro para conseguir un nuevo trabajo y una carrera como consultor. Ahora es la cabeza del Instituto Martin para la Prosperidad en la Universidad de Toronto, y trabaja como consultor para ciudades, corporaciones, museos y organizaciones no gubernamentales en todo el mundo. Prosperidad, como el hermoso apellido Florida, es una palabra clave. Su sitio web dice:

El Grupo Clase Creativa [Creative Class Group] es una empresa boutique de servicios de consultoría compuesta por investigadores

líderes, especialistas en comunicación y asesores de negocios. ccc combina un abordaje pionero del liderazgo a través del pensamiento global y de estrategias probadas para ofrecer a clientes de todo el mundo la intelección del mercado que resulta crítica para la competitividad y para una mayor prosperidad económica.²²

He abordado la tesis de la “clase creativa” de Florida en artículos anteriores; aquí ofrezco una sinopsis abreviada para complementar el argumento.²³ Hay una cierta ironía en revisitar esta cuestión ahora, cuando la crisis financiera sostenida ha puesto en duda el atractivo de la teoría de la clase creativa; sin embargo, la tesis ha tenido una década para arraigarse, y efectivamente se ha arraigado.²⁴ El análisis de Florida ha tocado una fibra sensible de los administradores de las ciudades ya que parece promover la diversidad de una forma que a menudo simplemente replica lo que ya había en cada lugar. Muchos de los que han examinado sus datos han demostrado la insuficiencia de sus análisis y, por lo tanto, también de sus conclusiones.²⁵ Los críticos señalan que, al descansar sobre categorías de censos estándar, Florida barre dentro de la clase creativa a todos los trabajadores de la industria del conocimiento, desde aquellos que trabajan en los *call centers* hasta analistas profesionales de datos, científicos y matemáticos –y, difícilmente, artistas.²⁶ Una opinión común respecto de sus conclusiones sostiene que estas repiten la tesis ya bien establecida del desarrollo urbano mediante el “capital humano”, simplemente poniéndola dentro de nuevos marcos lingüísticos y, lo que es más importante, derramando generosamente el adjetivo de “creativo” sobre todos los trabajadores de las industrias del conocimiento. Un grupo pequeño y relativamente pobre de residentes urbanos, que ofrece buen trato a los consumidores y también color local, se vuelve la cara visible de otro, más grande y más rico, pero básicamente oculto, de miembros de lo que Florida llama el “núcleo supercreativo”.²⁷ En este juego

engañoso de máscaras,²⁸ se define a los creativos a partir de la imagen de un tipo de trabajador cuyo compromiso mental está en el centro de su actividad; y, bajo otro nivel de apariencias, como gente que sabe cómo vivir en forma agradable, decorativa y barata; y bajo otro todavía, como un grupo económico de personas principalmente de altos salarios y buenos contribuyentes de impuestos. En tanto las políticas siguen ciertas prescripciones, la gente de clase trabajadora, que resulta inconveniente y se encuentra precariamente establecida, es marginalizada y empujada a los bordes de la ciudad o a los suburbios; mientras que en los distritos urbanos recién recuperados, las preferencias de los burgueses –en rituales egocéntricos, mercantilizados y mediatizados– envuelven cada hito de la vida: desde el nacimiento hasta el viaje masculino prematrimonial y las despedidas de soltera, las bodas, los *baby showers*, los nacimientos, las comuniones e incluso quizás las muertes.



Miembros del grupo de Arts & Labor affinity [Afinidad en Artes & Trabajo] llevando su pancarta con la leyenda “Huelga de Arte” en la marcha combinada de trabajadores e inmigrantes y del movimiento Occupy Wall Street, el 1º de mayo, en Nueva York. Foto de Martha Rosler, 2012.

3. LOS LÍMITES DE LA CREATIVIDAD Y DEL LIBERALISMO

Ingenuamente, muchos críticos no han logrado darse cuenta de que Florida, como Clark Kerr, es un liberal social. Como muchos neoliberales, se posiciona en las barricadas retóricas para hablar de tolerancia, de los subsidios y del derecho de la clase creativa a llevar adelante el trabajo de la clase patricia por poca o ninguna recompensa. Entonces, de un modo extraño, puede ser tomado como la proyección colectiva de una rama de la élite liberal. Los liberales son felices celebrando a los artistas o, incluso mejor, a los creativos –ese grupo amorfo de cerveceros, panaderos, granjeros urbanos y baristas– en tanto sus festivales y sus celebraciones puedan ser patrocinados por bancos, corporaciones y fundaciones; y sus esfuerzos capitalizados cívicamente. Los institutos de arquitectura albergan encuentros y publican gacetillas promocionando ciudades “vivibles”. Las instituciones de arte obtienen beneficios al suscitar la atención de las fundaciones y de las agencias gubernamentales, pero los costos también son considerables.

Los artistas, ya cómplices (a sabiendas o no) de la renegociación del espacio urbano para las élites, fueron llamados, hace tiempo, a involucrarse en el *management* social. Hace tiempo, en efecto, que se han extendido las concesiones inmobiliarias a los artistas y a pequeños proyectos sin fines de lucro con la expectativa de mejorar el atractivo de barrios “emergentes” y convertirlos en grandes fajos de dinero producto de alquileres de lujo. La importancia del arte y de lo “arty” permite a museos y a estudios de arquitectura, así como a los artistas, colectivos de artistas y administradores de pequeños proyectos artísticos sin fines de lucro, insertarse en la conversación acerca de la actualidad cívica.

Difícilmente los artistas puedan no ser conscientes de cómo los posicionan las élites urbanas: desde los intereses municipales e inmobiliarios hasta los coleccionistas

de lujo y las asociaciones de amigos de los museos. De un modo irónico, quizás también sea el momento en el cual el compromiso social por parte de los artistas se convierte en una modalidad cada vez más viable dentro del mundo del arte, y los curadores jóvenes se especialicen en proyectos de práctica social. Muchos artistas fueron a escuelas de arte con la expectativa de ganar mercados, y a menudo contrajeron para ello una pesada deuda. Las escuelas se volvieron gradualmente las gestoras y diseñadoras del desarrollo artístico; por un lado, preparan a los artistas para entrar al mercado del arte y, por el otro, a través de los departamentos de práctica pública y práctica social, moldean las restricciones disciplinarias de un arte que puede ser visto como un aparato menor de gobierno. Estos programas son seminarios seculares de “nuevas formas de activismo, prácticas basadas en la comunidad, organización alternativa y liderazgo participativo en las artes” que exploran “los múltiples vínculos entre el arte y la sociedad para examinar las maneras en que los artistas [...] se involucran en los asuntos cívicos y articulan su voz en el ámbito público”.²⁹

Para volver otra vez la mirada sobre los Estados Unidos –pero no solo– las instituciones de arte y arquitectura están muy contentas de ser arrastradas por la corriente del planeamiento urbano ligada a la clase creativa. La fábrica de automóviles de lujo BMW, que pertenece claramente a la matriz de la vieja economía, se ha asociado con el Museo Guggenheim para crear “un laboratorio móvil que viaja alrededor del mundo para inspirar ideas innovadoras para la vida urbana” en asociación con los nombres de algunos artistas y arquitectos de alto perfil.³⁰ El “Lab” conecta con firmeza el museo, la corporación, el arte, la arquitectura y el entretenimiento con el aburguesamiento de las ciudades. La ciudadanía urbana reemplazó a otras formas de embellecimiento del aura citadina para los así llamados “ciudadanos corporativos”. Dicho sea de paso, a todos ellos

les gustan las bicicletas. Lo mismo le sucede a la liga de arquitectos Urban Omnibus [Ómnibus Urbano], a la cual también le gusta “el arte como activador urbano”.

Urban Omnibus es un proyecto online de la respetada Liga de Arquitectos de Nueva York, y está financiado por fundaciones, por la ciudad de Nueva York y por el gobierno federal.³¹ Su reciente artículo “Civic Action: A Vision for Long Island City” [“Acción cívica: una visión para la ciudad de Long Island”] describe un nuevo emprendimiento, desarrollado por dos museos de arte contemporáneo locales, que “invita a equipos liderados por artistas a proponer visiones para el futuro de la ciudad de Long Island”, un barrio en el distrito de Queens, Nueva York, que es una ruina posindustrial con nuevos desarrollos residenciales de lujo en el frente costero. Otro artículo, “Making Room” [“Haciendo lugar”], presenta “un proyecto de indagación, diseño y apoyo para dar forma a los galpones de Nueva York haciéndole un lugar a las necesidades cambiantes de nuestro actual modo de vida”.³² Mientras escribo, en marzo de 2012, veo un artículo en un sitio web en el cual un escritor freelance describe una “casa abierta” en una cárcel recientemente renovada, la Casa de Detención de Brooklyn, un hecho cuyo objetivo es aplacar a los gentrificadores del barrio.³³ Estoy valiéndome del Lab y Urban Omnibus para simbolizar los esfuerzos innumerables de las agencias de las ciudades y de las instituciones de élite, y de algunas instituciones independientes o vinculadas con universidades públicas que aún transitan un camino no corporativo, por adoptar la creatividad ahora virtualmente naturalizada y los *memes* que resultan amigables a los hipsters planteados en términos de imaginación, diseño y promoción; del mismo modo en que, en ciertos sentidos, estoy usando el nombre de Florida en representación de la tesis de la clase creativa que su obra ha ayudado a convertir en jerga dominante de las políticas urbanas.

Como he sostenido, la versión de Florida acerca del modelo de transformación urbana del SoHo no logra captar

la complejidad de la acción de los actores involucrados por fuera de sus escenarios reduccionistas. Así como la ciencia ha sido vista por la mente capitalista como un peledaño necesario hacia la tecnología (un término del mundo de los negocios), la creatividad es contemplada como el ingrediente necesario en términos de “innovación”. Las clases creativas, tal como las construye Florida, operan estrictamente dentro de la visión del mundo diseñada por la imaginiería capitalista. Incluso aquellos que no son simples empleados en empresas de alta tecnología son considerados sencillamente como capaces de montar pequeños negocios o presentar una oferta de servicios retro-boutique que actualizan ecos de los negocios barriales o *delicatessen* de los Estados Unidos de la preguerra o incluso de “comerciantes” del siglo XIX (¡próximamente será el carro del lechero y el sodero!) así como también de los idealizados pequeños comercios franceses o italianos de pueblos y ciudades. No tienen una función por fuera de la aplicación de sus capacidades imaginativas para beneficio de los gentrificadores y de la gente pudiente. No tienen una función respecto de la política a gran escala y la transformación social. Es verdad que este modelo de Florida no está dedicado estrictamente a aquellos a quienes los lectores actualmente reconocen como artistas. Pero, aquí, la imagen que se tiene de la acción de los artistas en el mercado es aún peor, en tanto su potencial valor social es de modo bastante directo el de servir a los intereses de una clientela internacional satisfaciendo a las más enrarecidas cumbres de ingresos: un rol servicial que se paga muy bien y en cuya aspiración se formaron varias generaciones de artistas.

Pero esta no es la imagen que la mayor parte de nosotros como artistas, curadores o críticos quisiera reconocer. Al igual que los participantes de otros movimientos que tienen lugar alrededor del mundo, y al igual que los participantes de movimientos más antiguos, los artistas tienden a desear brindarse a sí mismos, sus energías y sus capacidades

a los fines de la mejora social y de los sueños utópicos, y no necesariamente como actores contenidos dentro de los marcos institucionales autorizados. La imaginación artística sigue soñando con la acción histórica. En una recesión económica prolongada como la que estamos viviendo ahora, y mientras la tesis de la clase creativa muestra sus límites respecto a su capacidad para salvar ciudades en crisis, empieza a volverse más claro que los artistas y otros miembros de la comunidad del arte pertenecen a una clase pan- (o no) nacional cuya composición se forja cruzando fronteras y cuyos miembros se inclinan, como el cliché lo demanda, a pensar globalmente y actuar localmente.

Los movimientos políticos son perpetuamente perseguidos acusados de tener nostalgia de los años sesenta e incluso del *luddismo*, un resultado del antimodernismo de gran parte de la contracultura de esa década. La gente de izquierda es rutinariamente ridiculizada por la derecha como “malditos hippies roñosos”, y una vez iniciadas las ocupaciones, la derecha no tardó en instrumentar esta imagen para desacreditar a los ocupantes. Pero las constelaciones del disenso cambiaron enormemente desde los sesenta. Si la gente está apuntando a separarse de la modernidad, lo hace recurriendo a otro rango de teóricos continentales y sin el modelo de impugnación política del Tercer Mundo –un modelo en el cual el campesino aparecía fuertemente como un ideal–, o el de la tribu nómada, para aquellos que no se inclinaban por la revolución socialista. La revolución ahora parece más anarco-sindical, o tal vez al estilo de los consejos de comunas, y no tanto marxista-leninista. La ciudad no es solo un territorio a ser evacuado, ni el lugar de la guerra de guerrillas; es tanto un rompecabezas conceptual como un campo de batalla en el que las hogueras son la guerra de clases en cámara lenta, y la agricultura es incorporada no por soñadores en ropa informal sino por quienes quieren adoptar el garbo del apicultor o del paisajista profesional. Puede que

los “creativos” no traigan consigo solo un cierto entrenamiento en el diseño y en el trabajo con las marcas- y también un conocimiento de las consignas históricas de la izquierda y de la actuación callejera- sino también la capacidad de trabajar con herramientas tecnológicas en investigación, estrategia e implementación de acciones en espacios tanto físicos como virtuales. Por lo general son de clase media, ya sea en términos reales o funcionales, y se sienten cómodos con los discursos y los modos de la iniciativa intelectual requeridos en la educación superior o media. El oficio y el talento se ven involucrados en un marco que difiere significativamente del de otras épocas; sin embargo, el rol hegemónico de las industrias del conocimiento y de los “dispositivos” de producción y comunicación electrónica hacen de ese marco algo prácticamente ubicuo.³⁴ Las agendas a menudo flexibles de los artistas y de otros miembros de los sectores precarios de las clases creativas/bohémias de Florida también permiten una libertad para participar de encuentros y acampadas, una capacidad para modificar compromisos de tiempo y de trabajo que no está disponible para todos.

Podemos ver a los activistas de la ocupación instalando un reclamo, creando una presencia, fundando una nueva esfera pública, reclamando el restablecimiento de ciertas políticas al no presentar pedidos a los gobiernos representativos y poniendo, en cambio, en funcionamiento la democracia por ellos mismos (la democracia ha sido parte de la marca nacional de los Estados Unidos por mucho tiempo, aunque usualmente combinada con el doble cañón del neoliberalismo o el neoimperialismo). Al tiempo que le doy la bienvenida a lo nuevo, no puedo dejar de señalar lo viejo; no me refiero a las demandas por el autogobierno enarboladas en el siglo XVIII por un grupo de rebeldes burgueses en las colonias americanas sino al Movimiento por los Derechos Civiles de los Estados Unidos y a uno de sus hijos, el movimiento estudiantil de los

años sesenta, de alcances mundiales y carácter antibélico, inspirado en el de la Libertad de Expresión, para el que la democracia –la democracia directa, sin representación– fue una idea fundacional, al menos como grado cero del movimiento de los primeros años.³⁵ En el contexto actual, la contribución de artistas célebres como Shepard Fairey (famoso por su póster de la campaña Obama/Hope [Obama/Esperanza] de 2008) fue ampliamente valorada, pero está al margen de la cuestión, y lo interesante es poder ver a las ocupaciones mismas como grandes obras públicas de arte procesual con un elenco de varios miles de personas.³⁶ La gran mayoría de los artistas –quienes forman el núcleo del ejército urbano no pago o mal pago de cuyas actividades quieren valerse los acólitos de Florida– vive en un estado de precariedad que puede llevarlos a buscar soluciones sociales en formas nuevas e inesperadas. Aquí es donde entra en escena el llamado modo artístico de producción.

En un escrito de 1982, la socióloga de lo urbano Sharon Zukin identifica esta precariedad de la vida bohemia como una de las cinco formas principales en las que este modo artístico de producción afecta al entorno urbano. Las otras incluyen la “manipulación de formas urbanas [y] la transferencia del espacio urbano del viejo mundo de la industria al ‘nuevo’ de las finanzas, o del ámbito de la actividad económica productiva al de la actividad económica no productiva”; bajar las expectativas sobre la provisión de vivienda como resultado de la sustitución de las casas arregladas con estilo “bohémio” por viviendas contemporáneas; y, por último, la función ideológica:

Mientras los trabajadores de cuello azul [los operarios] se esfuman del corazón de la ciudad financiera, se crea una imagen de que la economía de la ciudad ha llegado a una meseta posindustrial. Como mínimo, esto desplaza los asuntos de las relaciones de trabajo industrial a otro terreno.³⁷

Si la tesis de la clase creativa puede ser vista como una especie de himno a la armonía entre los “creativos” y los financistas –junto con los líderes de la ciudad y los intereses inmobiliarios– que guía a la ciudad hacia una condición posindustrial, quizás las actuales actividades comunitarias puedan entenderse como la erupción de un nuevo conjunto de cuestiones relativas a un nuevo conjunto de relaciones sociales de producción. Recordemos que el modo de producción incluye no solo a las fuerzas de producción sino también a sus relaciones y que, cuando ambas entran en conflicto, emerge una crisis. En este sentido es interesante que el grito de guerra haya sido “Occupy” (“Ocupemos”, una consigna en la que resuena la instigación similar de Florida a gentrificar); esto es, ocupar el espacio, ocupar la imaginación social y política de una forma análoga a aquella en la cual movimientos anteriores radicalizaron los reclamos de *libertad*, *república* e *igualdad* convirtiéndolos en proclamas por la *emancipación*, la *democracia* y la *justicia*. Florida dice “gentrifiquemos”; nosotros decimos “ocupemos”.

Esto nos lleva al próximo paso, ya en marcha. Lo que las ocupaciones lograron fue hacer visibles entre sí a miembros de distintos grupos sociales: agrupaciones barriales, grupos que luchan por los derechos de los inmigrantes, grupos de trabajadores –tanto organizados como no. En la primera fase de Occupy se trató de colocarlos en alianzas temporarias. Son estas alianzas las que forman el núcleo duro de la ocupación del presente y del futuro.

1. El movimiento generalmente señalado como antiglobalización es denominado con más propiedad por sus miembros y simpatizantes como movimiento de “alter-globalización”, o alguna variante de ese término.

Y es más anticorporativo que antiglobalización, aunque globalización sea un término que viene de sus entusiastas; ver la discusión de Theodore Levitt más adelante.

2. Nouriel Roubini, "The Instability of Inequality" ["La inestabilidad de la inequidad"], en *EconoMonitor*, 14 de octubre de 2011, y "Full Analysis: The Instability of Inequality" ["Análisis completo: la inestabilidad de la inequidad"], en *EconoMonitor*, 17 de octubre de 2011, ambos disponibles en economonitor.com. Roubini comienza su posteo en el blog del 14 de octubre aludiendo a "la agitación social y política y la inestabilidad en todo el mundo, con masas de gente en las calles tanto virtuales como reales: La Primavera Árabe; los disturbios en Londres; las protestas de la clase media israelí contra el alto precio de las viviendas y el apretón inflacionario sobre la calidad de vida; los estudiantes chilenos protestando; la destrucción en Alemania de los coches caros de los 'peces gordos'; el movimiento contra la corrupción en India; el descontento creciente frente a la corrupción y la desigualdad en China; y ahora el movimiento 'Occupy Wall Street' en Nueva York y todo a lo largo de los Estados Unidos".

3. Abordé esta cuestión en un ensayo de 1981, "In, around and afterthoughts: on documentary photography" ["En, alrededor y otras ideas: sobre la fotografía documental"], publicado por primera vez en *Martha Rosler: 3 works*, [Martha Rosler: 3 obras], Halifax, Press of the Nova Scotia College of Art & Design, 1981. Señalaba que las imágenes ideológicas se usaron en los Estados Unidos durante la Gran Depresión para generar apoyo para los más pobres durante la administración de Roosevelt, bajo el sobreentendido de que aliviar los padecimientos prevendría la revuelta.

4. Roubini, "The Instability of Inequality", *op. cit.* Aquí estoy usando a Roubini porque es una figura conveniente, pero podrían citarse otros economistas, en particular Joseph Stiglitz, Dean Baker y Paul Krugman, de *The New York Times*; o Simon Johnson, antiguo economista en jefe del IMF, para resumir los temores de los economistas liberales de izquierda en Occidente.

5. Letonia, un pequeño país báltico que (como los otros dos estados bálticos, Estonia y Lituania) se independizó de la Unión Soviética a comienzos de los noventa, es hasta ahora el ejemplo más definido de este síndrome; se podrían mencionar también a Irlanda y posiblemente a Grecia, España y

Portugal en el año entrante, todos los cuales contrastan con la trayectoria de Islandia (la economía más pequeña entre todas estas, pero, por fortuna para ellos, una que no es miembro de la eurozona). Islandia fue rápida en rechazar toda condición impuesta por las agencias financieras internacionales, y en su lugar hizo entrar su deuda en cesación de pagos y acusó a sus principales banqueros de fraude criminal. A comienzos de los 2000, el gobierno de Letonia, de centroderecha, estableció medidas neoliberales agresivas en gran parte para poder unirse al euro y escapar de la tutela de Rusia. Después de la crisis financiera de 2008, Letonia experimentó la caída más rápida que padeciera cualquier nación, perdiendo cerca de una cuarta parte de su Producto Bruto Interno en dos años. Su gobierno aplicó entonces una austeridad inflexible, incluyendo recortes de pensiones y salarios. La incipiente clase media, en una historia que debe resultar familiar, había sido inducida a comprar casas con créditos baratos, pero esta deuda de hipotecas (en posesión mayormente de bancos suecos y alemanes) no pudo ser saldada porque el valor de las propiedades también se derrumbó. Las medidas de austeridad fracasaron en mejorar el balance fiscal de Letonia pero llevaron a la clase media, para no mencionar a los pobres, a una vida de subsistencia o a la emigración. Decenas de miles de letones se fueron, y el desempleo sigue en torno o por encima del 20%. Una referencia de 2010 puede hallarse disponible online en counterpunch.org; y una de 2011, disponible online en krugman.blogs.nytimes.com. Así y todo, Letonia, al igual que Irlanda, es presentada como un ejemplo exitoso de austeridad presupuestaria (Krugman escribe: “Un par de éxitos más como este y Letonia habrá vuelto a la Edad de Piedra”).

6. La Comisión Europea votó en 2011 el “paquete de las seis”, un grupo de medidas que invalida la potestad de los Estados miembros para controlar sus presupuestos, restituyendo el límite de un 3% del Tratado de Maastricht para el déficit y de un 60% del Producto Bruto para la deuda, más allá de los cuales se aplicarán grandes multas, entre otras penalidades. Según la economista Susan George, la CE también está trabajando para modificar la protección al trabajador, en un cambio que implicará semanas laborables más largas, menor paga y una suba en la edad jubilatoria, Susan George, “A Coup in the European Union?” [“¿Un golpe en la Unión Europea?”], en *CounterPunch*, 14 de octubre de 2011, disponible online en counterpunch.org. La situación en Grecia, todavía

en desarrollo (y que será objeto del monitoreo de veedores de la CE para reforzar las medidas de austeridad) muestra la dirección contraria a los intereses de los trabajadores de los jefes financieros de Europa, un sello propio del neoliberalismo.

7. Disponible online en money.cnn.com y en video.foxbusiness.com. (el CEO de JP Morgan Jamie Dimon señalando en esencia lo mismo).

8. Aunque las protestas en Europa occidental en respuesta a la falta de futuro –como las de los indignados o acampados en España y las múltiples manifestaciones en la Plaza Sintagma de Grecia– fueron ejemplos críticos, y el alzamiento en Túnez fue en definitiva al menos parcialmente exitoso, la gran amplitud y el éxito improbable (también parcial) de la ocupación de la Plaza Tahrir en El Cairo la convirtió en la piedra angular del movimiento, y permanece como tal a pesar de sus propósitos todavía insatisfechos. En reconocimiento a su rol, ocupantes veteranos de la Plaza Tahrir le enviaron un mensaje a Occupy Wall Street: “La crisis actual en los Estados Unidos y en Europa del Este ha empezado a llevarles esta realidad a casa a ustedes también: como están las cosas, todos tendremos que trabajar duramente con nuestras espaldas quebradas por las deudas personales y la austeridad pública. No contentos con hacerse de los remanentes de la esfera pública y el Estado de bienestar, el capitalismo y el Estado de austeridad atacan ahora incluso el ámbito privado y el derecho ciudadano a una vivienda decente mientras miles de propietarios que sufrieron la ejecución de sus hipotecas se encuentran a la vez sin techo y endeudados con los bancos que los han empujado a las calles. Así que estamos con ustedes no solo en su búsqueda de derribar lo viejo sino también en la de experimentar con lo nuevo. No estamos protestando. ¿Quién está ahí para protestar? ¿Qué podríamos pedirles que pudieran concedernos? Estamos ocupando. Estamos reclamando esos mismos espacios de práctica pública que han sido mercantilizados, privatizados y encerrados en las manos de una burocracia sin rostro, portafolios inmobiliarios y ‘protección’ policial. Aférrense a estos espacios, aliméntenlos y dejen que las fronteras de sus ocupaciones se expandan. Después de todo, ¿quién construyó estos parques, estas plazas, estos edificios? ¿Qué fuerza de trabajo los hizo reales y habitables? ¿Por qué debería parecer tan natural que nos sean retirados, controlados y disciplinados? Reclamar estos espacios y

administrarlos en forma justa y colectiva es una prueba suficiente de nuestra legitimidad”, disponible online en guardian.co.uk.

Al momento en que este libro entra a imprenta, a mediados del 2013, la revolución egipcia está en un proceso de colapso completo y ha habido una regresión al control militar; los procesos revolucionarios son por definición inestables.

9. Christian Marazzi, *The Violence of Financial Capitalism* [La violencia del capitalismo financiero], Los Ángeles, Semiotext(e), 2011.

10. Para una discusión adicional y un contexto, ver “Clase cultural”, Parte II, en este mismo volumen.

11. El Nuevo Diccionario Oxford Estadounidense ya viene instalado, desde el año 2005, en las computadoras Apple que usan el sistema operativo versión OS X.

12. Dick Hebdige, *Subcultura. El significado del estilo*, Barcelona, Paidós, 2004.

13. Levitt escribe, para distinguir lo que considera una mentalidad corporativa de una mentalidad global, que “el caso Hoover ilustra cómo la práctica perversa del concepto del marketing y la ausencia de cualquier tipo de imaginación en el marketing permitió que las actitudes multinacionales sobrevivieran mientras los consumidores quieren, en realidad, los beneficios de la estandarización global. El proyecto en su conjunto empezó con el pie izquierdo. Se le preguntó a la gente qué características quería que tuviera la máquina en lugar de preguntarle qué quería de la vida. Vender una línea de productos ajustada individualmente para cada país no tiene sentido. Los *managers* que se enorgullecen de aplicar el concepto de marketing en forma completa, de hecho, no lo aplican en absoluto. Hoover hizo las preguntas equivocadas, por lo que no aplicó ni pensamiento ni imaginación a las respuestas”, en *The McKinsey Quarterly*, verano de 1984.

14. Theodore Levitt, “The Globalization of Markets” [“La globalización de los mercados”], en *Harvard Deusto Business Review*, N° 1, 2001.

15. En un mercado mundial que tiende a la homogeneidad, algunos productos, como la pizza, los tacos y los *bagels* se volvieron significantes casi universales de la diferencia.

16. Theodore Levitt, *op. cit.*

17. La ocupación de Wall Street fue puesta en marcha por una serie de eventos de los cuales solo puedo ofrecer aquí un bosquejo parcial. La

ocupación había sido presagiada un par de meses antes por “Bloombergville”, un acampe de tres semanas de líderes sindicales y activistas de base llevado a cabo en el Parque City Hall contra los recortes draconianos en el presupuesto; fue llamado así por el alcalde de Nueva York. (Otro precedente importante fue la ocupación de la Casa Estatal de Wisconsin en Madison, que se extendió por semanas y fue apoyada por sindicatos, incluido el sindicato policial.) Un artículo que especulaba acerca de la posibilidad de emular la Plaza Tahrir, firmado por el anarquista y antropólogo David Graeber, se publicó en *Adbusters*, una brillante revista canadiense de inspiración situacionista. *Adbusters* luego publicó un llamado general a ocupar Wall Street el 17 de septiembre. Las discusiones acerca de la posibilidad de construir un movimiento se habían aplazado en el verano en 16Beaver, un espacio de discusión gestionado por artistas en la zona de Wall Street. Un encuentro *ad hoc* en 16Beaver, tras un seminario sobre “Deuda pública” repleto de activistas y académicos en el que Graeber debatió su obra sobre deuda (*Debt: The First 5000 Years [Deuda: los primeros 5000 años]*, Nueva York, Melville House, 2011), fue el impulso final hacia la ocupación organizada en una Asamblea General. El grupo de Bloombergville se unió a la ocupación del 17 de septiembre, pero Graeber, junto con el activista anarquista japonés Sabu Kohso y la artista y activista anarquista Georgia Sagri, con quienes se había encontrado en el seminario en 16Beaver, organizó entonces la Asamblea General siguiendo criterios anarquistas.

En octubre de 2011, *Adbusters* ofreció algunos consejos tácticos adicionales que eran más propios del mundo del arte que de los activistas de la vieja escuela; sin embargo, resultaban aún familiares desde las protestas anti-World Trade Organization en Seattle, desde los días de los *yippies* a fines de los sesenta, o incluso de las performances dadá de preguerra: “Ahora es tiempo de ampliar la teatralidad de la provocación [...] bur-las perversas, performances subversivas, y derivas juguetonas de todos los tipos. Abran su imaginario insurreccional. Cualquier cosa, desde una transformación de la economía global de abajo hacia arriba, hasta un cambio en la forma en la que comemos, la forma en que nos movemos, en que amamos, vivimos y nos comunicamos [...] ;Sean la chispa que alimente una revolución global de la vida cotidiana!”. El departamento dedicado a los estudios de la performance en la Universidad de Nueva

York comenzó poco después a albergar una serie de conferencias y de *workshops* semanales enfocados en el cambio social a través de “estrategias y tácticas creativas”.

18. Esto es: drogas no consideradas como parte del formulario aprobado Big Pharma. La cuestión es importante porque, entre otras cosas, permitió a los adolescentes hacer distinciones entre drogas buenas y drogas malas, solo que a menudo estas estuvieron basadas en criterios diferentes al de la legalidad.

19. Aquí estoy minimizando el rol siempre importante del flujo de capital y de los negocios ambulantes.

Dado que el racismo fue una motivación importante, la retracción urbana resultante a menudo se atribuye en una porción no menor al “vuelo blanco”. Las pequeñas poblaciones se volvieron con frecuencia “ciudades dormitorio” para los trabajadores de la gran ciudad. El pueblo pequeño ha permanecido como la locación preferida de los residentes estadounidenses durante la mayoría de su historia y fue idealizado durante el punto alto de la sociología nacional que abarcó la Segunda Guerra Mundial. Varios otros ensayos en este volumen, incluida la primera parte de “Clase cultural”, desarrollan este tema con mayor detalle.

20. Aunque la demonización de los residentes pobres y de la clase trabajadora en áreas listas para la explotación inmobiliaria es una táctica de larga data, la “buena gente” que se acerca solo ganó un perfil propio recientemente; antes, el privilegio de clase se daba por sentado como un derecho merecido.

21. Richard Florida, *La clase creativa. La transformación de la cultura del trabajo y el ocio en el siglo XXI* [2002], Barcelona, Paidós, 2010. Florida no inventó la idea de la “clase creativa” pero la popularizó con categorías estadísticas. De acuerdo con su tesis, la clase creativa constituye alrededor del 30% de los trabajadores estadounidenses; sin embargo, y como veremos, los agrupamientos que utiliza son problemáticos.

22. Disponible online en creativeclass.com.

23. Ver “Clase cultural”, partes I a III, en este volumen.

24. Toronto, la actual base de operaciones de Florida, es una ciudad a menudo aquejada por un estilo populista de derecha, de concepción punitivista, que se completa con acciones y pronunciamientos racistas y antigay. Para repudiar la agenda del gobierno anterior, Ford ha cortado

el financiamiento para las ciclovías y los trenes urbanos. Al preguntarles acerca de la respuesta de Florida, los habitantes de la ciudad con los que hablé dijeron que este había estado durante mucho tiempo en silencio, pero que se había quejado de que la ciudad estaba recortando todas las cosas que habían hecho de ella “su ciudad”.

25. Florida ha vuelto a estar en el ojo de la crítica por sus torpes interpretaciones y su acumulación de datos de sondeos y estadísticas económicas en su artículo “Why America Keeps Getting More Conservative” [“Por qué los Estados Unidos siguen volviéndose más conservadores”], publicado en la respetada revista *The Atlantic* (por estos días de orientación política hacia la centroderecha), donde es uno entre los 19 editores. Disponible online en theatlanticcities.com. Muchos otros analistas leen la información de un modo casi opuesto y plantean que el electorado estadounidense está, por el contrario, volviéndose cada vez más liberal en sus convicciones; mientras que la política nacional, gracias a la radicalización del Partido Republicano, se ha desplazado a la derecha. Ver, por ejemplo, online en americanprogress.org; y alternet.org.

26. Ingeniosamente, Florida incluye en su mezcla a un grupo bohemio estadísticamente pequeño, que incluye a su vez a los gays, pero, tal como el economista de Harvard Edward Glaeser observó de mala gana, las regresiones en sus datos sugieren que solo en dos ciudades –sí, en el estado de Florida– la población gay ayuda a mejorar la economía.

27. “Para emplear la creatividad con fines económicos, se necesita emplear la creatividad en todas sus formas. No se puede simplemente generar una economía de lo tecnológico o una economía de la información o del conocimiento; se tienen que emplear los aspectos multidimensionales de la creatividad [...] La creatividad económica [...] que vuelve a esas cosas nuevas industrias y nuevos negocios; y la creatividad artística y cultural [...] que propone] nuevas maneras de pensar las cosas, nuevas formas de arte, nuevos diseños, nuevas fotos, nuevos conceptos. Esas tres cosas tienen que venir de la mano para estimular el crecimiento económico.

“La clase creativa se compone de dos dimensiones. Está el núcleo supercreativo [...] científicos, ingenieros, gente de la tecnología, artistas, músicos, trabajadores del entretenimiento, los así llamados bohemios que constituyen cerca del 12% de la fuerza de trabajo. [...] El núcleo supercreativo es de hecho la fuerza conductora del crecimiento económico.

Además del núcleo supercreativo, incluyo a los *managers* y a los profesionales creativos, a los abogados, a la gente de las finanzas, a la gente de la salud, a los técnicos, que también usan sus ideas y conocimientos y creatividad en su trabajo. No incluyo a la gente de los servicios o de la industria manufacturera que usa la creatividad en su trabajo”, Richard Florida, entrevista por Christopher Dreher, en *Salon*, 7 de junio de 2002, disponible online en salon.com.

28. Rosler utiliza la expresión “shell game” para referirse a este “juego”. Alude a un engaño del tipo “cuento del tío” callejero, que también puede interpretarse como una mecánica de “capas sucesivas” a la manera de una cebolla: una apariencia primero, después otra que a su vez enmascara a otra y así. [N. del T.]

29. Estas citas provienen de un aviso laboral publicado por un departamento de una importante universidad que ofrece “una Maestría en Políticas del Arte que aborda, en clave activista, el nexo entre la política que hace el arte y el arte que hace la política”. Más allá de mi escepticismo, no quiero desestimar el potencial de este tipo de preparación y formación de redes; el problema radica en el corto período de vida que estas iniciativas suelen tener antes de que la institución las convierta en zombies. Ver las Partes II y III del ensayo “Clase cultural” en este mismo volumen para una discusión del argumento de la culturalización, propuesto por Fredric Jameson, y de su adopción por George Yúdice para sostener que el arte, entendido como una práctica social, puede terminar colocando a los artistas en una posición de servidumbre involuntaria respecto de los fines del Estado y, al enfocarlos en la producción de mejoras, dejarlos al margen de toda posibilidad de crítica. Ver también la nota 3, más arriba.

30. Disponible online en bmwguggenheimlab.org. Hubo un esfuerzo no exitoso por parte de algunos artistas de ocupar el Lab un día que se realizaban acciones artísticas en él.

31. Disponible online en urbanomnibus.net. Ómnibus Urbano está financiado por el Fondo para la Innovación Cultural en la ciudad de Nueva York de la Fundación Rockefeller, el Fondo Nacional de las Artes y el Departamento de Asuntos Culturales de la ciudad de Nueva York, además del Consejo de la ciudad de Nueva York. La Liga de Arquitectos fue fundada en 1881 por Cass Gilbert y ha buscado en forma sostenida a lo

largo del tiempo promover la importancia de la relación de las artes con la arquitectura.

32. La frase “nuestro actual modo de vida” evidencia un conjunto predecible de supuestos alrededor de quiénes constituyen ese “nosotros”.

33. Disponible online en urbanomnibus.net.

34. El signo más importante de la sofisticación tecnológica es la frecuente referencia visual a Anonymous, un grupo amorfo de hackers, o de hacktivistas (del cual un pequeño grupúsculo internacional, LulzSec, fue arrestado en febrero de 2012), a través de las máscaras de Guy Fawkes, de la franquicia *V de Venganza* (que llevaban puestas los manifestantes y ocupantes, y que se usaron en carteles). Aparentemente, Anonymous llevó adelante ataques contra los sitios web de los gobiernos de Túnez, Egipto y Bahrain durante los intentos revolucionarios allí, y ha expresado o manifestado su apoyo a Occupy. No tengo el espacio suficiente aquí para analizar detenidamente el rol posible de este conjunto de hackers explícitamente anárquico y a menudo provocador. Pero en un registro más cotidiano, un nivel de facilidad tecnológica queda sugerido por la habilidad con la que el movimiento Occupy ha hecho uso no solo de las redes sociales ampliamente conocidas como Facebook y Twitter sino también de otras menos conocidas: sitios tales como Vibe, el más viejo IRC, el ahora indispensable Livestream, o Reddit, de acuerdo con *PC Magazine*, y también de Tumblr y Google Docs. Ver online, por ejemplo, mappingthemovement.tumblr.com.

Una declaración anterior: “Armamos documentos compartidos en Google Docs para poder comunicarnos. [...] Y asignamos números de Google Voice para todos’. Una página de Tumblr, ‘Somos el 99%’ [...] revela la situación de la gente, que se ve a sí misma tan lejos del 1% más alto de los estadounidenses”, disponible online en news.discovery.com

35. Aquí me estoy refiriendo no solo a las reuniones en las ciudades en los primeros días de las colonias americanas sino en forma explícita al modelo de democracia participativa no violenta propugnado por uno de los grupos centrales para el Movimiento de Derechos Civiles, el Comité Coordinado de Estudiantes por la No Violencia, o SNCC. Muchos de los jóvenes activistas estudiantiles se habían unido a la campaña Jinete de la Libertad del SNCC para frenar la segregación racial en el sur de los Estados Unidos, lo que influyó los principios remarcados poco después en la Declaración de

Port Huron, un documento fundacional del movimiento estudiantil antibélico. De un modo bastante comprensible, la historia, los orígenes y las influencias de estos movimientos es bastante más compleja de lo que puedo bosquejar aquí. El discurso ampliamente conocido, y galvanizado, de Mario Savio, pronunciado en el patio del campus de Berkeley el 2 de diciembre de 1984, durante una tregua con la policía universitaria, incluye lo siguiente en su preámbulo: “Les pido que consideren que –si esto es una empresa, y el Cuerpo de Regentes es un Cuerpo de Directores, y el Presidente Kerr es de hecho el *manager*, entonces les digo algo–: ¡La facultad es un manajo de empleados y nosotros somos la materia prima! Pero nosotros somos un montón de materia prima que no quiere serlo, no queremos ser objeto de ningún proceso. ¡No queremos ser convertidos en ningún tipo de producto! [...] ¡No queremos terminar siendo adquiridos por cliente alguno de la universidad, sea el gobierno, sea la industria, sea la fuerza de trabajo organizada, sea quien sea! ¡Somos seres humanos!”.

36. Los grupos de artistas están cada vez más conscientes de esto, para bien o para mal; ver online, por ejemplo, newamericanpaintings.wordpress.com

37. Sharon Zukin, *Loft Living: Culture and Capital in Urban Change* [La vida de loft. Cultura y capital en el cambio urbano], New Brunswick, Nueva Jersey, Rutgers University Press, 1982.